

Paola sentía que se estaba derritiendo con esa indumentaria. El calor del mes de junio calentaba el satín verde oscuro de su toga, y su cabeza sudaba bajo el birrete. Ya quería que le dieran su diploma para irse a la comida de graduación. Además, por ser el último día de clases de primaria, había invitado a dormir a sus dos mejores amigas. Algunas de sus compañeras hacían pucheros, pero Paola no tenía ganas de llorar. Mientras la directora hablaba y hablaba, ella miró hacia el patio de la secundaria, del que la separaba una reja roja. El patio y el edificio que se veían del otro lado eran muy parecidos a los de la primaria. Bueno, quizás más grandes y amplios, pero ella veía el mismo patio de cemento, las mismas jardineras de arrayanes y geranios, los mismos salones con puertas y ventanas de aluminio. De pronto, sus compañeros se pusieron de pie y aventaron sus birretes al aire. Paola apenas pudo aventarlo a tiempo para que volara junto con los demás e intentó seguirlo con la mirada mientras se fundía en la nube verde de birretes. Luego le costó mucho trabajo encontrarlo y acabó abajo del pódium. Su mamá no pudo evitar el comentario de que ésa era una costumbre de

lo más gringa, pero a Paola le gustó mucho, sintió que los últimos seis años de su vida volaban hacia el cielo. Luego vinieron los abrazos, las felicitaciones y más lagrimeo de algunas mamás. Paola recordó las palabras de su papá mientras se probaba la toga en su casa: “¡Cuánto alboroto nomás por terminar la primaria! ¡Todo el mundo tiene que hacerla! Que armen el relajo cuando acaben la universidad, eso sí”.

La comida fue una buena ocasión para recordar muchas anécdotas de la primaria. Hubo un grupo de música en vivo y al final, como sorpresa, les llevaron mariachis. Entonces sí, Paola lloró. No supo muy bien por qué, en realidad no estaba triste, seguiría en la misma escuela y con los mismos amigos, no pensaba que las vacaciones de verano fueran a transformarla en otra persona, ella seguiría siendo la misma Paola Cedillo de siempre. Sólo que cuando el mariachi cantó “Las Golondrinas” sintió muy en el fondo que sí se estaba despidiendo de algo.

Esa noche, rendidas y contentas, Paola, Andrea y Maripepa descansaban en los colchones de hule espuma que la mamá de Paola había puesto en el suelo de su cuarto. Paola y Maripepa habían sido amigas desde primero de primaria; a Andrea la habían conocido cuando entró a tercero, y desde entonces las tres habían sido, como ellas decían, “la carne, la uña y la mugre”.

A pesar del cansancio, ninguna tenía ganas de dormir.

—¿Cómo será la secun? —preguntó Paola con un suspiro.

—Dicen mis hermanos que es mucho trabajo y muchas tareas —comentó Andrea.

—Claro, tienes como diez maestros y cada uno te deja tarea.

—¿Nos tocará La Jamona de titular? —quiso saber Paola.

—No le hagas —Maripepa puso cara de horror—. ¿La vieron hoy en el pódium? Siempre está enojada.

—No creo que nos toque, dice mi hermano Luis que ya no va a ser titular —añadió Andrea.

—¿En serio? ¿Ahora qué va a ser?

—¡Quién sabe!

—¿Nos tocará miss Romi? ¡Es muy buena onda!

—Ojalá nos toque.

El cansancio se hacía cada vez más pesado, los bostezos aumentaban.

—¿Creen que tengamos compañeros nuevos? —preguntó de pronto Maripepa.

—Yo creo que sí... ¿Por qué preguntas, Mari? —quiso saber Paola.

—No sé... —contestó Maripepa con un tono misterioso—. Quiero conocer niños nuevos.

—¡A quién le importan los niños! Se van a ir cuatro de las del equipo de fútbol, necesitamos niñas nuevas —exclamó Andrea.

—¿Quieres conocer niños? —insistió Paola, sin hacer caso al comentario futbolero de Andrea.

—Pues... sí. Hay un niño que va a entrar a segundo y me gusta mucho, se llama Ángel.

Paola y Andrea se quedaron calladas. No sabían que a su amiga le gustaba un niño.

—¿Lo conoces? —preguntó Andrea extrañada.